

Poetas Jóvenes de Tabasco

POR TOMAS DIAZ BARTLETT

Desde que Carlos Pellicer perfora el plano poético abriéndole un agujero continental, se han sucedido en Tabasco, con el movimiento uniformemente acelerado de lo que está naciendo, otros brotes poéticos; que si, en verdad, en su mayoría acusan un tronco común, es también cierto que todos denuncian un cauce personalmente definido.

En toda esta poesía joven campea esa frescura de viento de agua que nace quizá del verde de la hoja y que alivia más al espíritu que al cuerpo. Hay clorofila en todas ellas y un dejo hidráulico que las hermana; sin embargo, hay también profundas diferencias personales, sobre todo en una de ellas, en la que un largo sabor de asfalto y de cemento, de gentes hacinadas, nos da la tónica de una angustia metropolitana. Esta es la poesía de:

Ramón Galguera Noverola

Galguera Noverola no es un desconocido en la poesía mexicana; significado ya como uno de los grandes valores de la poesía joven, se ha obstinado en la quietud provinciana, esquivando el boato, ladeando toda mixtificación, aun en lo cotidiano. Su poesía, aún fresca a pesar del gran esmero con que la cuida, la pesa, la mide, nos lleva hasta aquellos acertadísimos y pavorosos versos del gran poeta colombiano Germán Pardo García: "La lluvia cae sobre sí misma, como una inmensa angustia sobre un gran desamparo." Sí, Ramón riega angustia sobre la angustia misma...

Él llega a la rosa, y al morderla, la halla de trapo; no la concibe sin la espina, y se queja, pero la admite y la quiere. Hay en su poesía rostros ametrallados, manos que acarician vísceras, rutas desoladas, callejones oscuros, espaldas heridas, etcétera.

Una gran angustia sobre las líneas de una gran poesía, como una trágica sombra que se pasea en un rayo de luna.

Galguera escribe desde su adolescencia y no fué sino hasta a mediados del presente año cuando se decidió a reunir treinta y tres poemas en un libro, su primero, que lleva el modesto título de *Examen de primer grado*.

Manuel R. Mora

Me contaba Manuel que por el año de 1934 llegó Galguera Noverola a Tabasco con dos libros de Carlos Pellicer, se los enseñó, y los relevaron ante un asombro mutuo, comenzando ese tímido desbrozamiento de iniciado, en una novedosa senda, tan ignorada antes como resueltamente amada después. Carlos Pellicer laboraba lejos y Galguera inoculaba a su tierra,

con esa manera demiúrgica de decir las cosas.

Lee después Manuel a Pablo Neruda y comienza esa primera fase de su poesía, dentro de la que se encuentran verdaderos aciertos.

Allí está su plaqueta *Croquis*, publicada con poemas de esa época y con la que el poeta acusa su sensibilidad: hay en "el ojo único del parque un cisne angustiado que hace preguntas a los árboles, mientras un coro de palomas acuchillaba la tarde"; esto sucede en un pequeño poema llamado "Acuarela" ... Porque Manuel R. Mora lleva el paisaje tabasqueño tatuado en el rojo de la sangre.

Esta poesía es también bien cuidada, pesada, pero iluminada con colores disueltos en el agua.

En sus últimos poemas, ya cercanos a la madurez, se sabe de una acendrada preocupación de la forma.

Manuel atesora, además de su sensibilidad exquisita, un profundo conocimiento de la poesía en general. Es además un pro-sista elegante y fácil.

José Tiquet

José Tiquet es un poeta netamente tropical. En su libro *Nuestra voz*, publicado a mediados del año, ya se paladeaba un timbre personal lleno de una gran frescura; hay un son de madera labrada saludablemente, una frescura tierna de viento de agua; sí, de esa brisa recién nacida que anuncia el chubasco, y que nos sacude ansiosamente la espera, para ver si la siembra de sus cordones de agua corresponden a la expectación propagada.

De su libro, los poemas penúltimo y antepenúltimo son denunciadores de las alturas a que puede aspirar Tiquet, por esa senda de sencillez y verdadera poesía.

En los demás, hay estrofas, párrafos, renglones que anuncian esa manera personal de decir las cosas bellamente y que Tiquet debe aprovechar. Él tiene la materia prima y conoce de sobra el camino a seguir para una purificación... él será el único responsable de su satisfacción o su culpa.

Alicia Delaval

Tras de este afrancesado seudónimo se esconde en una bella personita una inquietud y una sensibilidad extraordinarias.

Hay en ella una pureza de pájaro provinciano que "bebe el agua sin mancharla"... de confiada ave que aún no conoce el estallido de la pólvora y que baja hasta posarse en la palma de una mano. Ahí, toda esa ingenuidad, ese candor con sus bellezas y sus inconvenientes.

Alicia es tabasqueña y lleva un sol en cada glóbulo rojo.

En su poesía hay renglones que gritan una destilada sensibilidad:

*Yo era el agua,
en la hora de sexta,
cada golpe de plomo derretido
mi secular inercia se alargaba...
y por cada cayuco se me abría
una herida de remos en la espalda.
.....
Y un momento de loros, en el cielo,
signaban la humedad de la palabra.
.....*

No es una temeridad afirmar que el intercambio de ideas, y el estudio afanoso, unido a lo que ya posee, le llevarán al clima de una muy buena poesía.



Ingenieros
Civiles
Asociados
S. A. de C. V.